

Un llamado a ser diligentes en la santidad

(Cuarta parte)

Hebreos 12:14

Evidencias de la verdadera santidad

La verdadera santidad odia todas las clases de pecado

1. El corazón de un hombre santo se levanta contra los pecados secretos, contra aquellos que no son visibles a las demás personas. Cuando José fue tentado para tener relaciones íntimas, secretas y ocultas en la alcoba de la esposa de Potifar, su corazón se levantó contra el pecado y clamó con sinceridad: “*¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?*” (Gén. 39:9). Los santos no toleran el pecado oculto y considerarían como gran maldad el darles cabida en la profundidad de sus corazones: “*Si he mirado al sol cuando resplandecía, o la luna cuando iba hermosa, y mi corazón me engañó en secreto, y mi boca besó mi mano; esto también sería maldad juzgada; porque habría negado al Dios soberano*” (Job 31:26-27).

El apóstol Pablo, luego de su conversión, no cayó en ningún pecado escandaloso, sin embargo, él exclamó con gran angustia: “*Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebla contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” (Ro. 7:23-24). Pablo experimentaba gran desesperación por los pecados que estaban en lo profundo de su corazón, los más íntimos en su mente.

Una persona que tiene la santidad real sabe que son pecados terribles, tanto aquellos que se cometen abiertamente como aquellos que son secretos. El santo ora con sinceridad para ser librado de ambas formas de pecar: “*¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos*” (Sal. 19:12). El santo sabe que hay que arrepentirse de los pecados secretos, así como de los visibles; que Dios conoce nuestros pecados más ocultos, así como los pecados abiertos. David había pecado en lo secreto, y trató de ocultar su maldad delante de los hombres, pero a Dios no se le escapa absolutamente nada, por eso, a través del profeta, le dijo: “*Porque tú lo hiciste en secreto...*” (2 Sam. 12:12). El santo sabe que sus pecados secretos se interponen entre Dios y él, estorbando la santa comunión y el

disfrute de su presencia: *“Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro”* (Sal. 90:8).

El santo sabe que los pecados secretos muy pronto se harán públicos sino procede rápidamente al arrepentimiento, al odio y la mortificación de su maldad (ver el caso de David cuando adulteró con Betsabé o el de Judá cuando adulteró con Tamar). Él sabe que los pecados secretos son perniciosos y muy dañinos, así como lo son las enfermedades que secretamente se van desarrollando en nuestro cuerpo. Él sabe que los pecados secretos son un terrible dolor para el espíritu, de la misma manera que los pecados visibles: *“Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño. Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedales de verano”* (Sal. 32:2-4).

2. El corazón de una persona santa se levanta en odio contra los pecados que parecen ser menores. Sabemos que no hay pecado pequeño, porque no hay infierno pequeño, condenación pequeña, ley pequeña o un Dios pequeño para castigar esta clase de pecados. Pero, hay algunos pecados, que puede decirse, son menores en comparación con aquellos pecados asquerosos, muy detestables y odiosos.

Hay pecados que parecieran ser como el mosquito, y otros como el camello. Al menos, así los vemos muchas veces: *“¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!”* (Mt. 23:24). El santo odia con todo su corazón, tanto al pecado que es como el camello, como al pecado que parece ser un simple mosquito: *“La mentira aborrezco y abomino; tu Ley amo”* (Sal. 119:163). El santo aborrece con horror, odia y detesta la mentira, como al mismo infierno; por lo tanto, es cuidadoso en cada palabra que pronuncia delante de los hombres; antes de hablar revisa bien lo que va a decir, con el fin de no mentir, en lo más mínimo. En ocasiones hacemos bromas que implican decir cosas que no son ciertas totalmente, y, aunque en principio esto causa risa, en el fondo, el santo, queda con una impresión de dolor y pecado en su corazón, porque sabe que la mentira estuvo en sus labios, así haya sido en algo que parece mínimo.

El corazón del santo se vuelve tan sensible al pecado, que el más mínimo asomo de maldad le causa terror, angustia y dolor. Cuando David hizo un pequeño corte en el manto de Saúl, no cometió un pecado que podríamos considerar escandaloso, pero la semilla de la santidad implantada en su corazón le hirió grandemente en la conciencia: *“Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl”* (1 Sam. 24:5).

Así como la paloma experimenta gran terror, y huye con desesperación del Halcón, sólo con encontrarse una pluma de su adversario, el santo temor ha sido implantado en el corazón del creyente, y no puede dejar de detestar y aborrecer el más mínimo asomo de pecado en su vida. Su corazón se levanta contra los más suaves movimientos o inclinaciones hacia el mal, así ellos aparezcan vestidos de reluciente plata, pretendiendo ser por una buena causa, porque el santo sabe que los pecados son contrarios a la Ley justa, al Dios santo, al bendito Salvador y al Espíritu consolador: *“Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano”* (1 Cor. 8:13).

El santo odia a los pecados “pequeños”, porque sabe que le conducirán a pecados “mayores”. Sólo una mirada más de la cuenta, y David cayó en adulterio, trayendo como consecuencia: dolor, aflicción, quebrantamiento y sequedad en los huesos ¿por qué? Porque había violado la santa Ley de Dios, en la cual se debía haber deleitado.

Jacob empieza con tres mentiras, diciendo a su Padre: Yo soy Esaú, tu primogénito y he hecho como me ordenaste; pero el pecado no se queda satisfecho con esto, y le conduce a tomar el nombre de Dios en vano, poniéndolo en medio de su engaño: *“Entonces Isaac dijo a su hijo: ¿Cómo es que la hallaste tan pronto, hijo mío? Y él respondió: Porque Jehová tu Dios hizo que la encontrase delante de mí”* (Gén. 27:20). ¡De qué naturaleza tan invasora es el pecado! De qué manera insensible y repentina se infiltra en el alma.

El corazón del santo sabe que los pecados “menores” han expuesto, tanto a pecadores como a santos, a castigos muy grandes. Un santo recuerda que un hombre fue apedreado hasta la muerte, por recoger leña en el día de reposo (Núm. 15:32-36). Él recuerda cómo Saúl perdió dos reinos a la vez, su propio reino y el reino de los cielos, por salvar el mejor ganado de Agag. Él recuerda cómo el siervo inútil, por no mejorar su talento, fue arrojado a

las tinieblas de afuera. Él recuerda cómo Ananías y Safira murieron instantáneamente por decir una mentira. Él recuerda cómo la esposa de Lot, por una mirada de curiosidad, se convirtió en estatua de sal. Él recuerda cómo Adán fue expulsado del paraíso por comer una fruta, y cómo los ángeles del cielo fueron expulsados por no conservar su posición. Él recuerda cómo Moisés fue excluido de la tierra santa, porque habló precipitadamente sobre la roca. Él recuerda cómo el joven profeta murió atacado por un león, simplemente por comer un bocado de pan y beber un poco de agua, en contra de la orden de Dios, a pesar de que fue convencido para desobedecer por la profecía de un profeta viejo, quien dijo haber recibido esto de una revelación del cielo (1 Reyes 13). Él recuerda cómo Zacarías se volvió mudo por dudar de las noticias traídas a él por el ángel Gabriel (Lc. 1:19-62).

El recuerdo de todas estas cosas debe producir odio e indignación contra los pecados más “pequeños”.

Solo una pequeña gota de veneno puede difundirse en un vaso de agua y matar al más robusto de los hombres. Un fuego muy pequeño ha convertido en cenizas a grandes edificios. Un pequeño pinchazo con una espina ha sido causa de muerte para muchas personas. Una pequeña mosca puede dañar el perfume del perfumista. De la misma manera, los pecados que consideramos “pequeños” pueden exponer al peligro a muchos y también pueden acarrear grandes castigos, por lo tanto, no es de extrañar si el corazón de una persona santa se levanta en contra de ellos. Los pecados que son aparentemente más pequeños, provocan al Gran Dios, y son muy perjudiciales para el alma, por lo tanto, son odiados por los verdaderos cristianos.

Un corazón santo sabe que un Dios santo espera que los pecados “pequeños” sean rechazados y evitados. Él sabe que la víbora debe ser aplastada cuando aún está en el huevo. Dios exigió que los más pequeños de Babilonia fueran estrellados contra las piedras (Sal. 137:9). No sólo hay que matar a los pecados grandes, sino a los pequeños, pues, ellos pueden matar el alma. Así como una pequeña punzada en el corazón puede matar a un hombre, solo un poco de pecado puede maldecir para siempre el alma de una persona. Dios ordena a sus hijos: “*Absteneos de toda especie de mal*” (1 Tes. 5:22).

El pecado es una cosa tan odiosa, que si no somos consistentes en matarlo, sólo una pequeña ocasión puede atraernos hacia él, por lo tanto, el santo lo evita y huye de él, así como se escapa del infierno.

Un corazón santo sabe que cuando el pecado está en el pensamiento, cuando es sólo una idea, y no se le mata allí, esa idea se convertirá en una acción, la acción en hábito, y el hábito conducirá a la condenación del alma y del cuerpo.

Nada habla mayormente de la santidad en una persona que el evitar cualquier ocasión para el pecado, sea éste escandaloso o secreto, sea éste considerado grande o menor.

3. Un corazón santo sabe que la complacencia del menor de los pecados es motivo para cuestionar su integridad y sinceridad espiritual. Él tiene muchos motivos para sospechar de sí mismo, pues, se atreve a dañar la relación con Dios y a afectar su conciencia, por una bagatela. El que está dispuesto a violar la ley de Dios por un bocado de pan, también está listo para vender su alma por cualquier precio *“Hasta por un bocado de pan prevaricará el hombre”* (Prov. 28:21).

El que pervierte la justicia por unas pocas piezas de plata, qué no hará por un cofre lleno de oro. El que puede vender al pobre por un par de zapatos, destruirá a todos los pobres por el precio correcto: *“Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Israel, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de zapatos”* (Amós 2:6). El que va a vender a su Salvador, una vez, por treinta monedas de plata; lo venderá con frecuencia por una suma mayor (Zac. 11:12). El que se atreve a mentir para preservar su patrimonio, cometerá pecados mayores para obtener lo que más ama en la vida. El recuerdo de todas estas cosas hará que en el corazón del santo se despierte la indignación y el odio contra cualquier clase de pecado.

4. Un corazón santo sabe que el costo del perdón de los pecados fue la preciosa sangre de Cristo. *“Sin derramamiento de sangre no se hace remisión”* (Heb. 9:22). Ella se derramó para la remisión de todos nuestros pecados, tanto los que consideramos grandes como los menores: *“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de **todo** pecado”* (1 Jn. 1:7). Los pecados que consideramos menores no se limpian con agua bendita, ni con el “purgatorio”, ni con azotes, ni con ayunos, ni con llanto, ni con la bendición de un obispo. Sólo la sangre

de Cristo puede limpiarnos de todos nuestros pecados. No hay ni una sola mancha que esté en el corazón del creyente que pueda limpiarse sino sólo con la sangre del Cordero.

Se dice que cuando Lutero estaba muriendo, se le apareció Satanás y le presentó un largo pergamino en el cual estaban escritos todos sus pecados: sus palabras, sus pensamientos y sus actos más perversos. Lutero le respondió: Todo esto es verdad, Satanás, pero hay una cosa más que debes decir de todos estos mis pecados, y es esta: La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todos nuestros pecados. Entonces, el diablo, que había sido vencido, desapareció. Sea verdad o no, esta historia, lo cierto es que ningún pensamiento vano, ni una sola palabra ociosa, ni una palabra de enojo, ni una palabra sin sentido, puede ser perdonada sino sólo por la sangre de Jesucristo; y si esto es así, que nuestros pecados más simples y cotidianos fueron también causantes de las grandes aflicciones de Cristo, entonces pensar en ello debe provocar una santa indignación y odio contra la menor corrupción.

Cuando el emperador Julio César fue asesinado, Antonio mostró al pueblo su chaqueta ensangrentada, y esto provocó tal indignación en ellos contra los asesinos, que gritaban: ¡Matad a los asesinos! Y fueron y quemaron sus casas y a todos los que estaban dentro de ellas. De la misma forma, cuando un corazón santo mira a sus pecados, incluso a los que consideramos menores, como aquellos que causaron la muerte del Príncipe de Gloria ¡cuánta indignación y odio se levanta en el alma contra ellos!

Un corazón santo sabe que el menor de los pecados, en cierta medida, puede alejar el alma de Dios. Así como las pequeñas nubes pueden interponerse entre el sol y nosotros, los pecados más pequeños se interponen entre Dios y nuestras almas. Así como un pequeño detalle, o un pequeño olvido, o una pequeña gesticulación pueden enfriar la relación entre dos amigos; pequeños pecados pueden generar un poco de frialdad y distancia entre nuestro amado Dios y nosotros (Hch. 15:35-41).

Para Cristo, los pecados más pequeños son vistos como grandes rebeliones contra el Dios santo; pero el corazón impío mira a estos pecados como algo insignificante: Junto con Acán va a ser esclavo de un lingote de oro, con Gieze va a servir a la injusticia por unas monedas de plata y dos mudas de ropa, con Adán va transgredir la Ley de Dios por una fruta, y con

Esaú va a vender sus privilegios de la primogenitura y la gloria futura por un plato de lentejas.

Los corazones de los impíos pueden levantarse contra los pecados más graves, porque no sólo están contra la Ley de Dios, sino contra la luz y las leyes de la naturaleza, o las leyes de las naciones. Sus almas pueden levantarse contra los pecados que son condenados por las leyes de los hombres – como el asesinato, el robo-, más tendrán en poca cosa los vanos pensamientos, las palabras ociosas, los juramentos cotidianos, las pequeñas mentiras, el chisme, las omisiones, las truhanerías o el uso en vano del nombre de Dios.

5. Un corazón santo no sólo se levanta contra los pecados que parecen “menores”, sino contra los que son amados, contra los pecados que traemos arraigados o contra aquellos que se convirtieron en una costumbre.

Todas las personas desarrollamos ciertos pecados particulares en nuestra vida: enojo, gritería, codicia, egoísmo, entre otros; y cuando venimos a Cristo nos enfocamos en luchar contra los pecados más escandalosos como la fornicación, las borracheras, entre otros; pero es necesario levantarse contra los pecados que más hemos amado o consentido. “*Fui recto para con él, y me he guardado de mi maldad*” (Sal. 18:23), es decir, el salmista se levantó contra su pecado amado, al cual estaba más inclinado. Se requiere orar insistentemente al Señor con el fin de ser librados de nuestros pecados más amados, pues, ellos no nos dejan tan fácilmente. Se requiere mucha diligencia en leer una y otra vez los mandamientos de Dios que atacan a esos pecados amados, hasta que podamos verlos como ellos son: asquerosos, monstruos del mal, pútridos y ofensivos contra Dios.

La idolatría fue el pecado más amado de Israel, ellos sufrieron la ira de Dios, una y otra vez, a causa de su amor por la idolatría. Parecía que nada pudiera quitar ese pecaminoso amor de sus corazones. Pero el Señor anunció que vendría un tiempo en el cual Él mismo enviaría su Espíritu de santidad sobre el pueblo, y odiarían a ese pecado tan amado y arraigado: “*Entonces profanarás la cubierta de tus esculturas de plata, y la vestidura de tus imágenes fundidas de oro; las atraparás como trapo asqueroso; ¡Sal fuera! Les dirás*” (Is. 30:22). Amaban tanto a los ídolos que los vestían con los atuendos más costosos, pomposos y gloriosos; así como nosotros recubrimos con muchas justificaciones razonables nuestros

pecados amados; pero cuando el Espíritu de Santidad viniera sobre ellos, podrían mirar lo asqueroso que era ese pecado, entonces lo odiarían, lo detestarían y lo aborrecerían con una santa indignación, pues, ante ellos, ya no sería más agradable o amado, sino que se mostraría su completa asquerosidad, y lo verían como un trapo menstruante. Entonces, impactados de la verdadera santidad, le dirían al pecado amado: ¡Vete de aquí! ¡Yo nada tengo que ver contigo! ¡Dios hizo un divorcio entre tú y yo!

El Señor nos conceda en Su gracia tener ese mismo trato para con nuestros pecados arraigados.

Pero el corazón impío siempre buscará una manera para seguir amando sus pecados arraigados. Ellos dirán como Lot: Déjenme quedar con un poco de esta maldad “¿no es ella pequeña?” (Gén. 19:20); o como David, cuando habló de Absalón, pedirán que no le toquen al pecado de su deleite: “*Tratad benignamente, por amor de mí al joven Absalón*” (2 Sam. 18:5).

Los corazones impuros se apegan tanto a sus pecados amados, que ellos se convierten en el objeto del deleite, así como Dalila lo era a Sansón, o Herodías a Herodes, o la codicia a Judas, o el sentarse en las primeras sillas a los fariseos.

Un corazón santo odia y desprecia a todos los pecados, tanto a los pequeños como a los grandes, tanto a los pecados abiertos como a los secretos, tanto a los pecados amados como a aquellos que menos le agradan. La santidad real nunca se mezclará con ningún pecado, ni incorporará algún tipo de corrupción.

7. Los que tienen la auténtica santidad están sinceramente afectados y afligidos, apenados y preocupados por su propia vileza y falta de santidad. Job era un santo varón, recto, temeroso de Dios y apartado del mal; pero él era consciente de que todavía necesitaba crecer más en santidad, y eso le hacía ver, ante sus santos ojos, como un ser vil: “*He aquí yo soy vil; ¿qué te responderé?*” (Job 40:4). De la misma manera, Agur, un santo hombre de Dios, se lamenta de su falta de entendimiento: “*Ciertamente más rudo soy yo que ninguno, ni tengo entendimiento de hombre. Yo ni aprendí sabiduría, ni conozco la ciencia del Santo*” (Prov. 30:2-3). Aunque todos los seres humanos somos rudos o brutales, los santos hombres son más sensibles de su brutalidad y se lamentan de ello. Los hombres impíos son

más brutales que las bestias, y sin embargo ellos no son conscientes de eso y no se lamentan de ello.

Vemos al santo David llorando y diciendo angustiado: *“Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí”* (Sal. 51:3); y luego, cuando miró con envidia la prosperidad de los impíos, reconoció que aún no era tan sabio: *“Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti”* (Sal. 73:22). La palabra hebrea *behemoth*, que aquí se traduce como “bestia”, por lo general se refiere a los animales más grandes, de manera que el salmista confiesa que él era como una gran bestia.

También vemos al profeta Isaías, quejándose de que sería desecho, cortado en mil pedazos delante de la presencia de Dios, porque era un hombre de labios inmundos: *“¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”* (Is. 6:5).

Vemos a un santo Daniel confesando con dolor sus pecados y los del pueblo: *“Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”* (Dan. 9:5).

Vemos al apóstol Pedro exclamando: *“Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador”* (Luc. 5:8).

Vemos al santo Pablo, quejándose, no de sus perseguidores, sino de la rebelión que todavía hay en sus miembros: *“Pero veo otra ley en mis miembros, que se revela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?”* (Ro. 7:23-24).g6eh

Un corazón santo se lamenta por aquellos pecados que no puede conquistar. Una persona santa vaciará su dolor, por las manchas que hay en su alma, en las corrientes de la tristeza que es según Dios (2 Cor. 7:10). Una persona santa ve a sus pecados como los verdugos de Su Salvador. Ve a sus pecados como los grandes agitadores y separadores entre Dios y su alma; por eso siente gran tristeza. Él ve a sus pecados como reproches a Su santo Dios, y como heridas en su conciencia; todo esto le causa aflicción.

Cuando un santo peca, mira hacia arriba y allí ve a Dios con el ceño fruncido; mira hacia abajo, y ve a Satanás acusándole; mira dentro de sí mismo, y ve su conciencia sangrante y

rabiosa; mira afuera de él y encuentra a los santos hombres de luto por su pecado, y a los impíos ridiculizándole y burlándose de su caída. Todas estas cosas causan aflicción a una alma santa.

El impío llora y se lamenta por los castigos y las consecuencias desagradables del pecado, pero el santo clama a causa del pecado mismo, y ruega ser librado de él.